

fantasía. Pero pronto la vulgaridad de la vida ordinaria se impuso al drama fantástico, representado en aquel teatro de la realidad y de la historia. Así, los servidores, que antes aparecían mudos y rígidos como seres sobrenaturales, comenzaron á humanizarse y á departir de cosas vulgares y corrientes con el solitario; y hasta los vecinos se reunieron bajo promesa de reserva y palabra de secreto, para ayudarle á pasar las veladas, procurándole una tertulia, en la cual solamente él hablaba para dirigir á todos así advertencias y consejos morales como pláticas y enseñanzas religiosas. Dura debía parecer la soledad á quien tenía temperamento de orador y costumbre de verse rodeado por una multitud entusiasta de discípulos y de oyentes, cuya atención recogía como avisos del cielo las menores palabras del profeta. Con esa facilidad propia de Lutero en mezclar las cosas sublimes con las vulgares, describe su habitación, su mesa, sus costumbres, su vida de prisionero. «Yo creo, dice, que es el Príncipe quien paga, porque de otra suerte no permanecería ni una hora en este sitio, sabiendo que devoraba el pan de quien aparece como mi anfitrión. En buen hora tomaré el pan del Príncipe, porque si todos hemos de comer la fortuna de algunos, comámonos la fortuna de los reyes, pues al fin y al cabo resultan sinónimos rey y acaparador.» Palabras estas poco lisonjeras para el Soberano; tan solícito por su profeta; pero atenuadas fácilmente en la consideración de que las inclinaciones revolucionarias de Lutero le llevaban á tratar á todos los príncipes «como (son sus palabras) grandes locos, grandes puercos, esbirros y verdugos de Dios.»

Su natural actividad se redobla en este angosto recinto del castillo y en esta necesaria separación del mundo. Mas como quiera que el antiguo comercio con sus discípulos y con su auditorio cesa, despiértanse vivamente en él á una los apetitos del cuerpo, las pasiones del sentimiento, las ideas de la inteligencia. En los tiempos anteriores á su forzoso retiro, hablábanos de las dudas que asaeteaban su alma; pero jamás de ardores concupiscentes que consumieran su cuerpo. Ahora, bien al revés, á cada paso habla de que su sangre hierve y su pecho resuella y sus ojos centellean y su carne arde y apetitos desordenados le invaden como para abrasar sus huesos, y visiones voluptuosas le turban lo mismo en las horas del sueño que en las horas de la oración y de la penitencia. Así es que, en tal momento, se consagra con

toda la fuerza de su corazón vehementísimo á combatir el celibato de los clérigos y de los monjes. Para que todo sea dramático en este castillo y en este instante de la vida de Lutero, cuenta la historia que una hermosa jóven, Argula de nombre, dama de posición, casada con rico caballero alemán, habíase de tal suerte y con tal amor apasionado de Lutero, que lo buscaba desalada por todas partes y preguntaba á todas las gentes por él en los días de la misteriosa desaparición del profeta. Nadie, en los primeros momentos, le daba razón de él, ni podía dársela, cuando el Elector tenía tan guardado el secreto, que hombres de la importancia de Melancton y de la grandeza de Durero lloraban muerto al orador á quien creían luz de la conciencia germánica y órgano de la voluntad general. Así Argula, que llevó su entusiasmo por el reformador al extremo de aprender teología, tan solo para estudiar sus obras y comentarlas, estuvo á punto de perder la razón, cuando tras la Dieta de Worms Lutero desapareció en aquella nube impenetrable que parecía como haberle arrancado de la tierra y conducirlo á otras misteriosas regiones. Su dolor se calmó un poco cuando empezó á traslucirse la verdad, gracias á los comensales que frecuentaban el castillo y á las temeridades mismas de Lutero que escribía á todos sus amigos, si bien datando sus cartas de las regiones del aire, del reino de las aves, del bosque donde los pajarillos cantan dulcemente y entonan noche y día sus alabanzas al Criador, de la montaña de los misterios y de la isla de Patmos. La poesía de estos sitios, el redoble de la elocuencia luterana en tales solemnes momentos, los misterios de la desaparición, la leyenda extendida en todas partes acerca de sus comunicaciones con todo lo sobrenatural ya divino ó ya diabólico, aumentando la natural grandeza de Lutero, aumentaban también el culto de sus apasionados y de sus devotos. Argula, que no descansara hasta saber el paradero del desaparecido, no descansó después hasta ir á su extraña residencia. La tradición protestante quiere que la peregrina fuese con permiso de su marido, llegase para no encontrar á quien buscaba, durmiese en el lecho donde dormía el doctor para volverse al día siguiente triste y pesarosa sin haber podido fijar en él sus ojos; mientras que la tradición católica quiere que después de aquella noche trazase la nerviosa mano de Lutero estas terribles palabras: «Mi sangre arde y se inflaman todas las fibras de mi carne.» Lo cierto es que por

este tiempo, se puso á combatir el celibato eclesiástico, empleando las contradicciones y las reservas, que coexistian, á guisa de viejos achaques, con su combatida complexion moral. «Este malhadado celibato, decia, de los jóvenes y de las jóvenes me revela diariamente tal cantidad de cosas monstruosas, que los nombres de fraile, cura, sacerdote, monje ó monja resuenan horriblemente en mis oidos; y el matrimonio me parece un paraíso, aunque se contraiga y se conserve en la mayor pobreza.» Cuánto debía acordarse en estas horas de aquellos consejos de su padre, el cual ponía todo empeño en que el hijo de sus entrañas no entrase en ningun convento, ni fuese fraile, ni siquiera sacerdote. Lutero, al encontrarse en edad temprana monje sin fidelidad á sus votos y en quebrantamiento de su disciplina; eclesiástico y fuera de la Iglesia; catedrático y léjos de la Universidad; aleman y en armas contra el Emperador; debía reconocer cómo el cariño de padre inspiraba en el alma de un campesino pensamientos mas fundados y mas justos que sus crueles pensamientos. ¡Cómo irian á sus mientes aquellas sentencias duras, aquellas frases acres, aquellos augurios siniestros, todo cuanto dijo en la hora de su profesion, el implacable autor de sus dias! Así le dedicó la obra de *Votis monasticis*, ó mejor dicho, la escribió en forma de carta particular á su padre. «No entré fraile, dice, voluntaria y deliberadamente. En el terror de aparicion inesperada, circuido de despojos de la muerte, creyéndome llamado por la eternidad, presté un juramento irreflexivo é hice un voto forzado. Cuando te dije todo esto en nuestra entrevista recelaste que resultara obra diabólica. Tu palabra, como si Dios mismo la hubiese pronunciado por tu boca, penetróme profundamente, pero cerré mi corazon cuanto pude á tu afecto y á tu voz. Cuando me atreví á reconvenirte por tu resentimiento, contestásteme con una respuesta que ha quedado en el fondo de mi corazon y que me recordaba los deberes en que están los hijos de obedecer á sus padres. Pero endurecido por mis devociones, ¡ay! escuchaba lo que decias como si proviniese de un mortal.» Y por estos caminos Lutero tornaba de las creencias que animaron la primera parte de su vida, y destruía uno de los dogmas primeros de la disciplina eclesiástica, el celibato de los clérigos.

En ninguna parte se parece tanto el doctor Lutero de la historia al doctor Fausto de la leyenda como en el castillo de Wartburgo. Acordaos de la no-

che en que empieza la tragedia germánica. Una cámara de bóveda altísima, de arte gótico, de ventana cubierta con vidrios opacos sostenidos por círculos de plomo, contiene á un pensador inquieto y solitario, que se mueve en su sillón de vaqueta y se apoya sobre su pupitre de roble. Las ciencias todas han pasado por su mente y no han podido dar la anhelada felicidad á su alma. Maestro, doctor, seguido de discípulos, todo lo sabe, desde la magia hasta la teología; y en nada ha encontrado cosa que le sirva para mejorar la triste condicion ó corregir la perversa naturaleza del hombre. Y en su inquietud quisiera que á sus ojos no hubiese misterios, que el Universo le mostrara hasta el fondo de sus senos y de sus entrañas, que la verdad eterna visitase su conciencia y su espíritu en vez de obligarle á un vano comercio de huecas y vacías palabras. Y unas veces se vuelve hácia la luna que brilla tranquila en el horizonte y le pide que lo saque de aquellas envolturas de papeles y de aquellos montones de polvo, para conducirlo á las alturas de los montes ó á la profundidad de las cavernas, elevarlo de las flores del prado á las tintas del crepúsculo; y libre de toda angustia y curado de toda curiosidad, sumergirlo en el rocío donde la luz se quiebra y se matiza. En medio de las retortas donde los flúidos se alambican, á la vista de los frios esqueletos, entre el humo del hogar alquímico y la compañía de los murciélagos y de los buhos, siente la necesidad de lanzarse al seno de la naturaleza viva, en que los séres nacen, crecen y aman, llenos de vigorosa fuerza. Y naturalmente, al ver cómo todo se nutre con el alimento del éter y del aire universal; cómo todo ama, la molécula en su afinidad apenas perceptible y la mole en su espacio inconmensurable y en su gravitacion cósmica; ora busca los séres alados que traen la copa de la vida á todos los festines de la creacion, ora el amor que todo lo conserva, lo renueva, lo aviva, lo enciende en los arrebatos y en los espasmos del placer universal. Así no es mucho que ya le llame la ciencia abstracta, y luego fatigado de la ciencia abstracta, se entregue al océano de la vida natural, y del océano de la vida natural pase al amor de la muerte como último y supremo consuelo, y del amor de la muerte á la fe católica que le trae en sus fiestas de Pascua con el dogma de la resurreccion de Cristo el recuerdo de la renovacion de todos los séres y de la eternidad de todas las almas; hasta desprenderse desde las cumbres de estos ensueños místicos y divinos en manos

del diablo. Sí, estudiad las dos figuras, la figura de la poesía y la figura de la historia; estudiad la parte que cada una de ellas entrega de su propio sér á las abstracciones de la ciencia; estudiad á ambos doctores, buscando en el período del amor la verdad y en el período de la verdad el amor; vedlos en sus conjuros, en sus sortilegios, en sus visiones; oidlos entonar himnos sagrados, departir con los espíritus invisibles y con los ángeles del cielo, evocar al diablo en esta coyuntura ó comunicarse con Dios en la otra coyuntura; rebotar de los abismos del infierno á los abismos del cielo; y decidme despues, si el doctor Fausto no es el doctor Lutero y el doctor Lutero no es el doctor Fausto y si ambos no aparecen como las encarnaciones mas verdaderas y mas vivas del genio de Alemania y de sus misteriosas aptitudes manifestadas en toda la sucesion de los tiempos y en todo el desarrollo de su vida.

Si el doctor Fausto llamó al diablo para entregarle el alma, llamólo tambien el doctor Lutero para disputar con él de teología. Parece imposible; pero en el riente seno de aquella verde montaña, entre las amigas paredes de un hospitalario castillo, bajo la custodia de soberano tan pródigo como el gran elector de Sajonia, el monje, cuando viene la noche y suena la campana de ánimas en la torre de la capilla señorial, siente grandes escalofrios, á cuyos estremecimientos oye ruidos siniestros como los que produce un terremoto, ayes lastimeros que creeriais provinientes de cavernas misteriosas ó de sobrenaturales víctimas, ruidos de cadenas y cerrojos, pasos de vestiglos y endriagos, algo que toca en los límites de ideada leyenda y que no puede creer el sereno criterio de la historia. Las gentes dicen que los servidores del castillo, faltos de diversion y esparcimiento, solian gozarse en mover todos estos rumores para inquietar la exaltada naturaleza del profeta. Mas sucediera lo que sucediera, indudables sus terrores, indudables sus angustias, indudable su traslacion continua de un aposento á otro aposento en pos de tranquilidad y en fuga á las obsesiones y á las industrias del espíritu maligno. Todavía hoy, si vais á Wartburgo, al entrar en la habitacion del doctor, despues de haber atravesado estrecha puerta y subido por humilde escalera, no léjos de la vieja chimenea, al amor de cuya lumbre pasaba sus noches, junto al bello retrato que de su edad madura nos ha dejado Cranak, al par de la lámpara de minero que usaba su padre, de la bolsa de piel donde ponía los maravedises



HABITACION DE LUTERO EN WARTBURGO